



CARTA ENCICLICA

de

S. S. LEON XIII

Santa Dei

SOBRE LA AYUDA DE LAS MISIONES CATOLICAS

BX873
1880
Dic.3
S2
c.1

Con las debidas licencias

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Teilo

Ediciones
de las
CONGREGACIONES MARIANAS
de la Sagrada Familia
(Colonia Roma)

288

BX873

1880

Dic. 3

S2

c. 1

188



1080020415

En el IV Centenario de la Aprobación
Canónica de la Compañía de Je-
sús; Las Congregaciones Marianas
de Señores y Jóvenes de la Igle-
sia de la Sgda. Familia, (Col. Ro-
ma), dedican la presente edición
a los heroicos Misioneros Jesuitas.

CARTA ENCICLICA

Recomendando el auxilio para las obras
de las Misiones del Sumo Pontífice

LEON XIII.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Venerables Hermanos: Salud y bendición Apostólica:

La Santa Ciudad de Dios, que es la Iglesia, no se halla circunscrita dentro de los confines de ninguna región, y tiene la fuerza recibida por su Fundador, de dilatar más cada día el espacio de sus tiendas y de extender las aras de sus tabernáculos. Este acrecentamiento del pueblo cristiano, si bien es obra principalmente de la íntima asistencia y ayuda del Espíritu Santo, puede, sin embargo, operarse extrínsecamente por obra de los hombres, y conforme a las costumbres humanas, siendo propio de la Sabiduría de Dios que todas las cosas vayan ordenadas y conducidas a su fin por aquel modo que conviene a la naturaleza de cada una de ellas, y ninguna más adecuada a los hombres y a los oficios de los hombres, que aquella por cuyo medio se obtiene el aumento de nuevos ciudadanos en esta terrestre Sión.

Porque, en primer lugar, están los que predicán la palabra de Dios; y así Cristo enseñó con sus ejemplos y sus oráculos, y así el Apóstol Pablo insistía diciendo:

¿Como creeremos aquel á quien no oímos?

¿Y como oiremos si no vemos a quien predica..? porque la fé viene por el oído y el oído por la palabra de Cristo.

Estos oficios, en primer lugar, tocan a los que legítimamente han sido iniciados en el sagrado ministerio, a los cuales, por cierto, no poco ayuda y conforta el obtener los socorros externos y con plegarias dirigidas a Dios atraerse los dones celestiales, por lo cual son alabadas en el Evangelio aquellas señoras que a Cristo que evangelizaba el reino de Dios, auxiliaban con sus propios bienes: y Pablo da testimonio que á ellos y a cuantos anuncian en el Evangelio, es concedido por la voluntad de Dios que vivan del Evangelio. Legalmente sabemos que Cristo a los que le seguían y escuchaban, dió este mandamiento: Suplicad al amo de las mies que lleve a ella a sus operarios, y que sus pri-



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

007232

44094

BX 873

1870

Dic. 3

52

meros discípulos, siguiendo el ejemplo de los Apóstoles, acostumbraban a suplicar a Dios con estas palabras: Concede a tus ciervos que anuncien con toda confianza tu palabra.

Estos dos oficios que consisten en dar y orar, además de ser utilísimos para ensanchar los confines del reino de los cielos, tienen la propiedad, a ellos inherente, de poder fácilmente ser consumados por todos en cualesquiera de las condiciones humanas. Porque ¿quien se halla en tan mísera fortuna que no pueda dar una moneda ínfima o sobrecargado con tantas ocupaciones que no pueda elevar alguna vez una plegaria a Dios por los nuncios del Santo Evangelio? Y ha estado siempre en las costumbres de los hombres apostólicos, y especialmente del Pontífice Romano, a quien incumbe mayormente la solicitud de propagar la fe cristiana, si bien no siempre se observó el mismo modo de emplear tales socorros, sino que fueron varios y diversos, según la variedad de los lugares, y la diversidad de los tiempos.

Así, siendo la tendencia de nuestra edad la de emprender las cosas arduas, merced a la conjunción de los semejantes y a la fuerza de los muchos, vemos unirse a formarse en todas partes asociaciones, de las cuales algunas se han constituido para promover la Religión en todos los países, siendo entre todas la más eminente aquella pía Asociación formada cerca de sesenta años ha en Lyon de Francia, que tomó el nombre de La propagación de la fé, la cual, en sus principios, tuvo por objeto socorrer a algunos misioneros en América. Mas como el grano de mostaza se convirtiera en árbol gigantesco de grandes y floridas ramas, todas las misiones esparcidas por el haz de la tierra lograron sus activos beneficios.

Esta excelente institución fué desde luego aprobada por los pastores de la Iglesia, recogiendo elogios estupendos. Los Romanos Pontífices Pío VII, León XII, Pío VIII, nuestros predecesores, fervorosamente la recomendaron, enriqueciéndolas con los dones de las Indulgencias, y con mucho mayor empeño la promovió con afecto verdaderamente paternal la miró Gregorio XVI, quien en la Carta Encíclica del día 15 de agosto del año 40 de este siglo, habló de ella en estos términos:

“Obra verdaderamente grande y santísima, la cual con tenues oblaciones y ruegos cotidianos a Dios dirigidos por cada uno de los asociados, se sostiene, se acrecienta, se engrandece, y tiene por objeto socorrer a los operarios apostólicos, ejercitar con los neófitos las obras de la caridad cristiana, y librar a los fieles de los ímpetus de la persecución, Nos la estimamos dignísima de la admiración de todos los buenos. Ni debe creerse que

tantas ventajas y provechos hayan venido en estos últimos tiempos a la Iglesia sin una mira especial de la divina Providencia, porque mientras estrechan a la amada Esposa de Cristo, las maquinaciones de toda especie del enemigo infernal, nada podía suceder más oportuno que lo que aumente en los fieles el deseo de propagar la verdad católica, esforzándose todos, con celo concorde y reunidos recursos, en ganar almas para Cristo”.

Después de lo cual exhortaba a los Obispos a fin de que todos ellos en cada Diócesis solícitamente adoptaran los medios de que una institución tan saludable ganara siempre nuevos incrementos. Y tampoco se desvió de las huellas de su Predecesor Pío IV, de gloriosa memoria, que en todas ocasiones tuvo empeño en ayudar a la benemérita asociación, promoviendo fructuosamente su prosperidad. Y de hecho, por la autoridad de él, aún más ampliamente fueron concedidos a los asociados los privilegios de la indulgencia pontificia, y más fué excitada en favor de esta obra la piedad cristiana, y aquellos entre los mismos asociados más ilustres, y en quien se habían probado méritos singulares, fueron decorados con varios honores, y finalmente, algunos auxilios externos, ajenos a esta institución; fueron por el mismo Pontífice ampliados y encomiados.

En el mismo tiempo la emulación de la piedad hizo que nacieran dos nuevas asociaciones, de las cuales la una tomó el nombre de la Santa infancia de Jesucristo, y la otra, la de Escuela de Oriente. Tiene la primera por objeto el recoger y educar en los hábitos cristianos a los desgraciadísimos niños, cuyos padres, constreñidos por la miseria y el hambre, los abandonan bárbaramente, especialmente en las regiones de China, en las cuales está en uso esta clase de barbarie: por tanto, siendo afectuosamente recogidos por la caridad de los asociados y redimidos algunas veces por dinero, cuidándose de que sean lavados en las fuentes de la regeneración cristiana, a fin de que, si crecen con ayuda de Dios, sean una esperanza de la Iglesia, y si son presa de la muerte, queden seguros de adquirir la felicidad sempiterna.

La otra sociedad nombrada arriba cuida de los adolescentes, y por medio de toda clase de industrias se afana porque sean embebidos en la sana doctrina, cuidando de separar de ellos los peligros de la ciencia falaz, hácia la cual se inclinan por la impróvida codicia de crecer. Pero por lo demás, una y otra rama prestan su acción coadyuvadora a aquella más antigua que se llama de la Propagación de la fé, y todas sostenidas por los recursos y las plegarias del pueblo cristiano, en amistosa

alianza conspiran al mismo fin, porque todas trabajan por hacer que, mediante la difusión de las luces Evangélicas, grandísimo número de extraños a la Iglesia veogan al conocimiento de Dios y le adoren a El y al Mandatario de El, Jesucristo. Y de aquí, las merecidas alabanzas ya anunciadas, y que estas dos instituciones por letras Apostólicas fueran encomiadas por nuestro Predecesor Pío IX y copiosamente enriquecidas con sagradas indulgencias.

Por tanto, viendo que estas tres ramas han gozado de tanto positivo favor a los ojos de los Sumos Pontífices, y viendo que ninguna de ellas ha desistido de realizar con empeño conforme su propio ministerio, dando sabrosos frutos de salvación. Nos estimulamos a nuestra Congregación de Propaganda fide a no escatimar ayuda y alivio para sostener el peso de las misiones que tanto parecían florecer y tan jubilosas esperanzas daban de más rica cosecha para el porvenir.

Pero las muchas y violentas tempestades que contra la Iglesia se han desencadenado en los países ya iluminados por la luz evangélica, han traído grandes detrimentos para aquellas obras instituidas para civilizar a los pueblos bárbaros.

Porque muchas son las causas que han disminuido el número y la generosidad de los asociados; y en verdad, difundiendo por el mundo depravadas opiniones, por las cuales se excitan los apetitos por los bienesterrenales y desmaya la esperanza de los bienes del cielo. ¿qué debe esperarse de quienes emplean el ánimo y el cuerpo en satisfacer sus concupiscencias? ¿Pueden los hombres entregados al egoísmo emplear oraciones, en las cuales imploran de Dios que lleve, con la gracia triunfadora, a los pueblos que yacen en las tinieblas, la luz divina del Evangelio? ¿Prestarán, por tanto, auxilios a los sacerdotes que por la fe trabajan y combaten? A la vez que por la maldad de los tiempos, sucede que aún el ánimo generoso de los hombres píos se retrae de la munificencia, en parte, porque con la abundancia de la iniquidad se enfria la caridad de muchos, en parte, porque las angustias privadas y el estado de las cosas públicas (a lo cual se agrega el temor de tiempos aun peores) hacen que muchos sean tenaces en el retener y parcos en el dar.

De otra parte, las misiones Apostólicas se ven estrechadas por las múltiples y graves necesidades, porque cada día es menor el número de los sagrados operarios, a la vez porque aquellos son arrebatados por la muerte, o se invalidan por la vejez, o se imposibilitan por las fatigas, y lo están pron-

tos a reemplazar misioneros semejantes en número y valor. Y es que vemos a las familias religiosas, de las cuales muchos partían para las sagradas misiones, por infastas leyes disueltas; a los clérigos arrancados del altar y constreñidos a servir en los ejércitos; los bienes de uno y otro clero, en casi todas partes sacados a la venta y proscritos. Y estando abierto el camino a regiones que parecían inaccesibles, aumenta el conocimiento de los lugares y de las gentes, se piden otras muchas expediciones de soldados de Cristo para que se establezcan en nuevas estaciones.

Añádase la dificultad de los obstáculos generados por la contradicción, puestos que al mismo tiempo hombres falaces, sembradores de errores, se revisten como apóstoles de Cristo, y abundantemente de auxilios humanos, usurpan el ministerio de Cristo a los sacerdotes católicos y reputan como bastantemente logrados sus fines, si hacen dudosa la vía de la salvación a aquellos que escuchan la palabra de Dios explicada de diferente modo. ¡Ojalá jamás saquen provecho de sus malas arcas! Verdaderamente la mies es grande, pero los obreros son pocos, y acaso en breve tiempo seran menos.

Hallándose así las cosas, venerables Hermanos, estimamos que es deber nuestro estimular el celo y la caridad de los cristianos, a fin de que, sea con la oración, sea con la ofrenda sean movidos a ayudar la obra de las sagradas Misiones y promover la Propagación de la Fé. Obra de santa excelencia, como lo demuestra el bien de sus propósitos, y el fruto que de ellos se obtiene, puesto que esta Santa obra tiende directamente a extender sobre el haz de la tierra la gloria del nombre de Cristo: Siendo, sobre todo, benéfica para aquellos que son rescatados de los vicios y de la sombra de la muerte, mientras que otros adquieran la capacidad para la salvación sempiterna, pasando la suavidad de la vida civilizada del culto bárbaro y de las costumbres salvajes, Por donde resulta también mucho más útil y fructuosa para aquellos que de cualquier modo participan de ella puesto que se aumentan las riquezas espirituales y méritos para con Dios, habiendo más deudores del beneficio.

A Vosotros, pues, Venerables Hermanos, llamados a participar de nuestra solicitud, muy mucho os exhortamos a fin de que, estimulados por la confianza en Dios, y sin desmayar por ninguna dificultad, con ánimo conforme acudais con Nos a ayudar fuerte y enérgicamente a las Misiones Apostólicas. Se trata de la salud de las almas, por las cuales nuestro Redentor dió su alma y nos constituyó a Nosotros Obispos y Sacerdotes, para adelantar la obra de los santos y consumir la edificación de su

Cuerpo místico; de donde procede, que cuantos han sido puestos por Dios para custodia de sus rebaños, esfuércense por todos los medios a fin de que las Sagradas Misiones obtengan aquellos auxilios que hemos recordado se hallaban en uso en los tiempos primordiales de la Iglesia; es decir, la predicación del Evangelio, la oración y la limosna de los hombres piadosos.

Si encontráis, pues, algunos hombres celosos por la divina gloria y prontos e idóneos para emprender las Sagradas expediciones, alentadles, a fin de que, explorada y conocida la Voluntad de Dios, no se dejen vencer por la carne y por la sangre, y se apresuren a secundar las voces del Espíritu Santo. A los demás Sacerdotes, a las órdenes religiosas de uno y otro sexo, y finalmente, a todos los fieles confiados a Vuestro Ministerio, inculcad con gran estudio para que con jamás interrumpidas plegarias imploren el auxilio celeste para los sembradores de la divina palabra. Ponen por intercesora a María, Madre de Dios que puede matar a todos los monstruos del error a su Purísimo Esposo, a quien muchas Misiones han elegido ya como su protector y custodio, y a quien la Sede Apostólica ha dado por Patrono a la Iglesia Universal; al Príncipe y a toda la escala de los Apóstoles, de los cuales, por primera vez, partió la predicación del Evangelio, resonando por toda la tierra, y finalmente, a todos los demás campeones distinguidos por la santidad, que en el mismo Ministerio han consumido sus fuerzas fecundando la vida con su sangre.

Que la plegaria de súplica se una a la limosna, cuya fuerza consiste en hacer que aquellos que ayudan a los hombres apostólicos aunque separados por una gran distancia o absorbidos por otra ocupación, se asocien sin embargo, a ellos en el trabajo y en el mérito. En verdad, el tiempo es tal, que muchos están constreñidos por la miseria; pero no se por eso decaiga de ánimo, puesto que, para ninguno, ciertamente, puede ser grave la oblación de la ínfima moneda que para este objeto se pide, a fin de que, unidas muchas en una, puedan prestar grande auxilio. Nadie puede considerar siguiendo vuestra enseñanza, Venerables Hermanos, que su libertad nos será de provecho, porque presta a Dios quien presta al indigente, y porque de la limosna se dijo que era la más lucrativa de todas las industrias.

En hecho de verdad, por la promesa del mismo Jesucristo, no perderá su recompensa el que haya dado un sorbo de agua fresca, a uno de sus pobres, y seguramente esperará amplísimas mercedes aquel que da a las Sagradas Misiones un don exiguo y añadiendo la oración, ejercita a la vez muchas y varias obras de caridad; sobre todas las que los santos Padres llaman la más di-

vina entre las obras divinas, y por lo cual se hacen cooperadores de Dios para la salvación del prójimo.

Alimentemos completa esperanza, Venerables Hermanos, de que todos aquellos que se glorían con el nombre de católicos, repasando en sus mentes estas consideraciones, y por vuestras exhortaciones inflamados, en manera alguna faltarán a esta obra de piedad que tanto interesa a Nuestro corazón. No permitirán que su celo para dilatar el reino de Jesucristo sea excedido por la energía y por la industria de los que se esfuerzan en propagar el dominio del Príncipe de las tinieblas. Entretanto, implorando a Dios propicio favor para las propias empresas y a los pueblos cristianos concedemos afectuosamente en el Señor la Apostólica Bendición, testimonio de Nuestra singular benevolencia, a Vosotros, Venerables Hermanos, al Clero y al pueblo confiados a vuestra vigilancia.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el día 3 de diciembre de 1880, tercero de nuestro Pontificado.

León Papa XIII.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Toloz

Faint, illegible text visible through the paper from the reverse side of the page.

Faint, illegible text visible through the paper from the reverse side of the page.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez



100